ARAÑAS Y HORMIGAS

¡Y la araña!... ¡Uf... la araña! ¡Cómo repugna! No sé qué horror sentimos instintivamente hacia este bicho, sin que pueda vencerle toda nuestra razón, facultad de la cual conviene usemos si queremos distinguirnos de las bestias.

Tenía reunidos el duque de Lorena en su palacio a los grandes de su corte celebrando un banquete, cuando a lo mejor y más alegre de los platos vio una dama una araña en el techo del salón, y dando un grito horrible se levanta, echa a correr, trábale los pies entre los vestidos y cae rodando por el suelo. Oye en este momento caerse uno a su lado, era el primer ministro del duque, y dice: “¡Dispense usted, caballero! Quizás se habrán asustado todos por mi causa; pero yo no he sido dueña de mí para dominar el espanto.—¿Y quién lo hubiera sido delante de un animal tan asqueroso? ¿Era muy grande?, decidme.—¡Horroroso! caballero, ¡horroroso!—¿Y andaba volando cerca de mí?—Caballero, ¿una araña volar?... —¿Una araña decís? ¿Y estáis loca, señora, para armar tal alboroto por una araña? ¡Yo había creído que era por algún murciélago...”

¡Francamente, rasgos como éste no nos honran mucho!

¿Quién dirá cuál sea el amor de la araña para con sus hijos? Todas tejen nidos de seda y blandos donde puedan poner los huevecillos, y la mayor parte de ellas se quedan al lado de éste su tesoro con el objeto de vigilarle bien, porque también las hay que llevan más adelante su cariño. El clubión de las avenas es una araña delicada, pequeña, de color amarillento, con una banda negra en el dorso; el primero y segundo par de patas son mucho mayores que los demás: la cabeza, casi tan grande como el resto de su cuerpo, tiene siete u ocho puntos negros, que son los ojos del animal.

Pues buscad, si queréis, en el mes de julio sus nidos entre las avenas, y los encontraréis en medio de los granos; son una bolsa de seda finísima y blanca, como el plumón del cisne, fuertemente amarrada a tres o cuatro cañas. Algunos granos están inscrustados en los bordes de ella, y otros, atados en forma de ramo, sirven como de bóveda que la resguardan de la lluvia o del calor excesivo del sol.

En medio del nido se ve a la araña vigilando sus huevos. Acercaos... no por eso huirá: sus ojos inquietos no os perderán de vista, pasará angustias de corazón, resistirá los peligros que la amenazan, pero no se le ocurrirá abandonar los hijos. Y a propósito de esto os propongo que hagáis esta experiencia: cortad un pedacito del nido en la parte superior con unas tijeras de bordar, y veréis cómo la araña se pone al momento a trabajar y hace bien pronto un *zurcido* capaz de excitar la envidia de la costurera más hábil. Volved a cortar dos, tres... o más veces, y otras tantas hará ella la misma labor.

Inclinad también el nido de modo que rueden por él los huevecillos, y también veréis a la pobre madre detenerlos con todas sus patas en la pendiente, y si por desgracia se han caído dos o tres, correr en su busca, bajar al suelo y registrar los granitos de tierra y las yerbas, hasta que, encontrando uno, le coja contenta y se lo lleve a toda prisa al nido, para volver a bajar y subir cuantas veces sea necesario para reunirlos todos... ¿No son, por ventura, sus hijuelos la sangre de su sangre y la vida de su vida? Cuando salen del huevo las crías, va a la orilla del nido a ensayar el ejercicio de las patas, pero bajo la vigilancia de la madre, que las dirige, guía y junta.

Hay otro clubión que hace el nido con menos gastos. Porque se sube a la punta de una hoja de avena, la cual cede al peso de la araña y se dobla: la araña entonces fija en la punta un hilo de seda, se deja caer un poquito, y, balanceándose con él, se coloca en el pe-

dículo de la hoja: desde aquí, y asida fuertemente con las patas traseras, tira del cable con las delanteras, la dobla más aún y la ata. Con esto ya tiene preparada la hoja, y para mayor seguridad la sujeta con diez o veinte cables más. Lo que ha formado verdaderamente con estos hilos esta araña es una bóveda bajo la cual va a comenzar a hilar su concha de seda.

La licosa es una araña pequeña, vulgarmente llamada araña lobo, a la cual se la ve saltar y brincar entre la yerba: es vagabunda, no hila, así es que la presa la hace a fuerza de piernas. No deja de ser curioso verla cómo espía a la mosca que va andando por el suelo o trepando por las yerbas. Porque primero se va acercando muy despacio, luego paso a paso, con sus patas de terciopelo, llega... y, replegándose sobre ellas, salta y cae sobre la víctima, la mata de una dentellada y se la lleva.

Cuando llega el tiempo de poner, hila la licosa un capullo de seda que pasa por todos los colores intermedios del gris hasta el azul, de grande como un garbanzo y ligeramente aplanado; dentro de él pone los huevos y luego le cierra. Pero, ¿y después?... Renunciar a la vida de aventuras sería dura cosa para esta araña errante y veleidosa... ¡Abandonar su tesoro no se lo permite su corazón!... ¿Pues qué hará?

Coge su capullo, se le echa a la espalda y le sujeta con cintas de seda a las hiladeras. ¿Habéis visto a esas húngaras, bronceadas por el sol, que van de cuando en cuando por nuestras ciudades con los hijos acuestas, envueltos en un mantón sujeto a la espalda y cintura? Pues son hermanas de nuestra licosa. Si se la persigue, huye en seguida a todo correr, según lo permita la carga... ¡Ah! ¡Que la mano del entomologista es más veloz que ella!... Echad mano a ese capullo y quitádselo... La araña contempla sus huevos en vuestras manos crueles; presentádselos... y se irá acercando a remetidas, despacio, con precaución primero; luego se arrojará furiosamente sobre vuestros dedos para sacar

de allí a sus hijos. Pero si, por desgracia, hubieseis destruido el nido, o aplastado los huevos, tan queridos para ella, con vuestros inexpertos dedos, llena de pena en presencia de despojos tan sangrientos, y con el alma destrozada, cual otra Raquel, se retirará a un rincón, doblará todas sus patas alrededor de su cuerpo, y allí morirá.

Un mes más tarde nacen sus hijos. Impaciente por el amor que les tiene, coge los huevos, y uno por uno les va rompiendo la cáscara un poquito para ayudarles a salir. ¡Oh, qué alegría tiene esta madre!... Todos están allí al rededor de ella, ahora ensayándose en el ejercicio de las patas, entumecidas aún; ahora trepando por la espalda o deslizándose por el vientre de la madre; ahora, en fin, encabritándose en sus patitas, mientras que la madre los acaricia con las antenas y los recoge si se apartan. ¿Y creeréis, quizás, que se separará de ellos? ¡Oh, no! antes morirá... Vedla, además, cómo los llama y ellos acuden, carga con todos ellos a la espalda, y así cargada emprende la marcha... Mas, ahora, todo cambia. Aquélla, antes tan viva, tan vigilante, tan juguetona en sus locas excursiones, va ahora a paso lento, sin dar ninguna sacudida por miedo de tropezar y dejar caer alguno de sus hijuelos; aquélla, tan dada antes a las aventuras y tan intrépida, huye ahora de cualquier peligro porque no va sola, y seguirá en adelante esta conducta hasta que hayan llegado sus hijos a la época crítica de la muda y puedan bastarse a sí mismos. Tan gran ternera ya la habían observado los antiguos en esta licosa, y exagerando lo que veían con sus propios ojos, dijeron admirados que esta madre tan cariñosa amamantaba a sus hijos.

Estando un día Bonnet observando una licosa cargada de huevos, le vino a la idea echarla en una cueva de hormiga león, y en seguida se trabó entre ambas una lucha terrible. La hormiga león se movía y se defendía furiosa en el fondo de la cueva, pero logró, por fin, la araña escaparse. Mas, ¡oh dolor! con lo rudo del com-

bate dejó en manos del enemigo su capullo de seda, con todos los huevos allí encerrados... Desesperada, vuelve al sitio en que tan expuesta a morir se vio, y ahora la espera la muerte, pero en el cual están sus hijos. Bonnet la saca y ella torna otra vez; por segunda vez la echa fuéra, y también ella torna como antes... ¿A qué vivir, si no viven ya sus hijos? Dejádla que a lo menos muera con ellos. Conmovido y con lágrimas en los ojos por tanto amor, Bonnet quería salvar a la araña, y entonces se la arrancó de las aceradas mandíbulas de la furiosa larva, pero ya la había herido en el corazón un aguijón más cruel aún, y no tuvo más remedio que retirarse, triste y afligida, a morir a un paso de la cueva en que había visto morir a sus hijos.

El año pasado, estanto yo rezando un día el Oficio divino por el jardín, se me fue la vista a una zarza de *leño gentil*, por en medio de la cual se iban paseando, en hilos muy irregulares, centenares de arañas pequeñísimas, amarillas como el oro. Yo entonces... ¡el Señor me lo perdone! dejé a un lado el breviario y me puse a observarlas. ¡Probrecillas! ¡Trabajan como los grandes!... Sacudí suavemente una de las ramas en que se apoyaban los hilos, y de repente se fueron corriendo todas las arañas a una hoja:... yo las seguí con la vista; pero, aunque entre ellas estaba la madre, no pude verla, hasta que en un abrir y cerrar de ojos se quedó cubierta con todas ellas y sacó de entre este enjambre de hijos, clavados a su cuerpo, las enormes patas y largas antenas que la daban a conocer... Teniéndolos así reunidos a todos, hiló su cable como de costumbre y se dejó caer. Se escapó entonces de mi vista, y en vano fue el buscarla.

* * *

¿Y de las hormigas? ¡Nada he dicho aún de ellas! Siendo así que necesitaría para ellas un libro entero. Pero no puedo pasarlas en silencio, y como me he propuesto daros a conocer los insectos para que los améis,

aunque sea poco, es absolutamente necesario que os entretenga un rato con ellos.

Dentro de la república que forman estos insectos se halla todo lo bueno y todo lo malo de las sociedades humanas. Se hacen la guerra mutuamente, tienen esclavos como los negreros en la trata de negros, y ¡rasgo magnífico de instinto cuyo problema propongo a quien corresponda!, después de haber vencido a un ejército enemigo, se llevan los prisioneros y los alimentan bien, para que las ayuden después a trabajar. No lo hacen mejor los hombres.

Mas lo que deseo ahora yo deciros, prueba grande industria, junta con admirables proyectos.

El primer hombre que puso una vaca en su establo, con la idea de tener a mano leche siempre y cuando la necesitase, debió sin duda hacer este raciocinio sencillísimo: "Siempre que quiera beber un jarro de leche la tendré más pronto ordeñando en casa la vaca que teniendo que ir al monte a cogerla arrojándole un lazo corredizo." ¡Bien discurrido! Este hombre inteligente echó las bases para domesticar todas nuestras razas bovinas.

No me encargo yo de decir cómo las hormigas, sin inteligencia y guiadas solamente por el instinto recibido de un Dios bondadosísimo, han llegado exactamente a lo mismo a que ha llegado en esta materia el hombre.

Las hormigas tienen sus establos, sí, y... sus vacas. Todos vosotros conocéis el pulgón de los rosales, y por él os podéis formar idea exacta de sus congéneres. Vientre grueso, verde y ovalado, cabeza pequeña, chupador delgado, y todo sostenido en seis patas delgaditas y de lento andar, son los caracteres del pulgón. Pero fijaos más, y veréis ese vientre, terminado en dos como cuernos pequeñitos, y son dos pezoncitos que desprenden lentamente gotitas delgadas de un líquido transparente y azucarado. Fijaos aún un poco más, y veréis cómo vienen las hormigas. Ahí tenéis una, que va buscando él mejor de los pulgones, le hace caricias con las antenas, y luego, tentándole los dos cuernos, saca de ellos la

gotita ansiada, la coge con destreza admirable, se la lleva también con las antenas a los labios y la bebe con visible complacencia. En la misma forma visita a cinco, diez, veinte pulgones seguidos, que todos la reciben con cariño, porque en resumidas cuentas la hormiga con esto los alivia, y así se nota que si tarda en acercarse a ellos, se los ve lanzar como a coces el azúcar a las hojas próximas.

Hasta aquí es, como si dijéramos, el salvaje cazando el búfalo en las llanuras.

Pero tres clases de hormigas de nuestro mismo país obran de otra manera mejor, y son la hormiga negra, la hormiga de los céspedes y la hormiga amarilla. Voy a dejar hablar a Víctor Rendu, que no hace sino seguir a Hubert:

"La hormiga amarilla, tan extendida por nuestras praderas y jardines, no vive mucho en los árboles, ni se dedica a cazar insectos, ni sale de su cueva a no ser rara vez. Mas no por eso se pasa sin comer, porque para sus propias necesidades tiene allá en el fondo de su cueva encerrados como en depósito los pulgones que se alimentan con las raíces de las plantas, y sin salir de su hormiguero, está provista de cuanto necesita para su sustento; buena mesa, buena cama, y manjares siempre a punto.

"... Los pulgones son obsequiados, festejados y acariciados exactamente igual que si fueran de la familia; se dejan transportar de una parte a otra sin la menor resistencia y sin muestras de querer escaparse. Para cambiarlos de lugar, basta acariciarlos con las antenas, pues entonces sacan la trompa clavada en la epidermis de las raíces, y la señora hormiga sólo tiene que cogerlos entre las mandíbulas y dejarlos donde quiera, que allí se quedarán ellos sin moverse, baja la cabeza, el vientre hacia arriba, y a voluntad de sus diminutas lecheras. De verdad, que el hombre no tiene ganado tan sumiso.

"Un hormiguero, dice Hubert, es más o menos rico según tenga más o menos pulgones, que son sus vacas

y sus cabras. ¿Quién hubiera adivinado que las hormigas son pueblos pastores?

“... Si por ventura llega alguna cosa a inquietar el nido de hormigas, al momento acarrear unas los pulgones a lo más hondo de la cueva para librarlos por este medio del peligro, mientras que otras se preparan para dar rostro al enemigo... De ordinario ponen la guardia al rededor de los pulgones, sin esperar la llegada de los merodeadores, y a la menor sospecha que tengan de que han de perder su ganado, se lo llevan en los dientes y lo depositan en sitio seguro. Pero no están, después de todo, tan preparadas contra cualquier sorpresa o golpe de mano que no lo sufran alguna que otra vez, y en ocasiones hasta un hormiguero a otro intenta quitarle sus tesoros: en estos casos, no hay remedio, hay un *casus belli*, que suele terminar, por lo regular, con un combate parcial entre ambas vanguardias, pero también acontece degenerar estos arrebatos de mano armada en verdaderas batallas en que toma parte el cuerpo entero de la república.”

Ya se comprende por lo dicho, que entre hormigas inteligentes ha de brillar muy clara y vivamente el amor materno. Ponen las hormigas un número verdaderamente asombroso de huevos; pues cuidar, alimentar y guiar tantos hijos será quizás conforme a su razón, pero excede seguramente sus fuerzas. Por esta razón se encargan de estos cuidados las nodrizas.

Ved, como ejemplo, una hormiga de vuelta del único viaje que ha hecho y que hará en toda su vida por los aires. Al salir del nido estaba desposada y tenía puestas sus complacencias en las alas diáfanas y nacaradas por el sol, porque con ellas formaba el adorno propio de una hormiga joven. Pero ahora ya es madre y ya se acabaron para ella los placeres del mundo... ¡Miradla... miradla ahora! Extiende con violencia esas alas, inútiles ya en adelante, las cruza por delante, por detrás, las sacude como se sacude un arbolito que se quiere desarraigar, y después de tales esfuerzos caen de repente a tierra todas las cuatro. Luégo se limpia el

coselete, se limpia la cabeza, adereza las antenas y entra en su hogar para no salir jamás de él... ¡Qué lección, señoras! Atended. Desde este momento salen a su encuentro de doce a quince obreras, la acarician y se consagran a servirla sin dejarla ya en adelante, son sus azafatas, encargadas de cuidar y mirar por los hijos que tenga. Apenas hay puesto un huevecillo cuando le cogen con los labios, le vuelven y revuelven para humedecerle con la lengua, y luégo se le llevan a especiales aposentos. Esto mismo hacen con los demás.

Al cabo de quince días saldrá de este huevecillo la larva, que es un gusano pequeñito, abultado, sin patas, con cabeza algo morena, provista de una trompa pequeñita por donde recibe el alimento.

Nosotros se los damos a los ruseñores y a los mirlos, llamándolos por crasa ignorancia huevos, siendo así que son larvas. Bien podríamos llamarlos rorros pequeños, blancos, en los cuales sólo se ve salir esa cabeza o mota morena. ¡Y cómo los cuidan, y cómo los vigilan las hormigas! No puedo extenderme en todos los pormenores de este cuidado, porque lo dejo para otra ocasión; pero entre mis apuntes tengo un pasaje que, si no me equivoco, ha de ser de Michelet, y no puedo menos de transcribir:

“Mirad: venid a ver este hormiguero; observad qué movimiento, qué idas y venidas, qué necesidad tan apremiante dan a conocer esas diminutas criaturas; parece una muchedumbre que sale entre apretones de un teatro. Mas ¿de dónde viene semejante agitación? ¡Ah! es que las hormigas están celebrando una gran fiesta; es que han salido por vez primera en la estación, desde lo más hondo de su morada, y llevan con gran cariño a sus nenes entre las patas, estaba por decir, entre los brazos; es que los llevan alegres y contentas a los primeros rayos del sol, quieren calentarlos bien y reanimarlos con vida más dulce. No será preferido ningún hijuelo sobre otro, antes todos tendrán igualmente un asiento a la luz y todos vendrán según su turno a respirar el aire puro y dilatar sus diminutos

cuerpos al calor primaveral. Y fijaos bien hasta dónde llega la previsión: las hormigas obreras parece que conocen perfectamente el peligro de estos primeros rayos del sol; porque barruntando que comprometen la existencia de sus queridos bebés con exponerlos mucho tiempo a tanto calor, luégo que los ven bastante vivificados, tienen muy buen cuidado de volverlos a la cuna.

“Pero el aire libre ha abierto el apetito en las crías; tienen hambre. Pues sus nodrizas, siempre allí dispuestas a satisfacer cuanto necesiten sus encomendados, les abren con mucho cuidado la boca, apartan las mandíbulas poco a poco y les dan todo lo mejor que han encontrado para fortalecer el estómago. Concluído el banquete las lamen, limpian, acarician, y luégo van extendiendo y aderezando despacito la envoltura, o, si se quiere, sus pañales y mantillas, que ya quisieran rasgar, impacientes por ver a sus ahijados crecidos y resignados con las inclemencias del aire y de la luz... Llega por fin el momento y se desprende del saco, primeramente por la cabeza. ¡Oh! ¡qué feliz se considera! ¡Qué alegre y contento respira! Ved las patas... mirad las alas... ¡Ah! Ya tenéis una hormiga, aunque pequeñita.

“¡Pero cuántos cuidados necesita aún! ¡Quién mirará por ella!...

“...Cierta día—prosigue Michelet—vi una hormiga, amarilla del todo, asomar la cabeza, un tanto enfermiza, por una puerta de su palacio, pasar luégo el dintel y subirse a la cumbre del hormiguero. Pero no la permitieron por mucho tiempo esta escapada; porque como la encontrase por ventura una nodriza, la cogió por la cabeza y la encaminó suamente hacia una de las puertas más próximas. Se resistió la hormiga y consintió en que la arrastrase su nodriza, hasta que encontrando un estorbo en el camino le aprovechó para asirse mejor y superar las fuerzas de su guía, la cual, siempre cariñosa, soltó por un instante la presa, dio un rodeo y volvió a la tarea con su encomendada, que, cansada ya, acabó por obedecer.”

Aquí me detengo. Sin embargo, no será fuera de propósito recordar con este motivo que, según las estadísticas más moderadas, mueren de hambre solamente en el departamento del Sena, y en brazos extraños, 60,000 niños al año.

Hace unos días que estando repasando un capítulo de Montaigne, encontré dos ideas que me vais a permitir comunicaros:

“Este gran mundo, que algunos multiplican como especie debajo del género, es un espejo en que es menester mirarnos para conocernos bien a fondo.”

No entendía esto Montaigne tal cual yo lo entiendo, pero para el caso poco importa. Sí, el mundo, la naturaleza, ese maravilloso conjunto de seres diversos derramados por Dios juntamente con nosotros sobre el globo, es lo que debemos conocer para conocernos mejor a nosotros mismos; y no nos estimaremos como es conveniente ni nos colocaremos en nuestro verdadero lugar sino cuando sepamos el valor que tienen y el lugar que ocupan cuantas criaturas nos rodean.

Debido a nuestra vana ciencia y verdadera ignorancia es el creer, que sólo de nosotros es la honra de tener grandes sentimientos y llevar a cabo nobles empresas, y si estudiamos la naturaleza, nos desengañaremos; quizás nos avergoncemos al vernos tan semejantes a criaturas sumamente pequeñas y frecuentemente miradas por nosotros con desprecio, pero... al fin y al cabo esta vergüenza legítima nos será saludable.

No me engaño en esto, no; claro está que entre el hombre y el animal media un abismo infranqueable, porque nosotros, hombres, llevamos en cuerpos miserables, no sólo corazón grande, sino también alma inteligente, libre, purificada y ennoblecida por la sangre divina de Jesucristo. Pero precisamente esto mismo nos condena más; porque ¿no es precisamente el alma de lo que tenemos menos cuidado?... Repasad todas las horas de un día cualquiera; ¿consagráis una siquiera a vuestra alma?... ¿Y las demás? Se pasan entre mil cuidados, mil y mil preocupaciones y cosas cuyo nivel

no excede, y a veces ni aun llega al nivel de las preocupaciones de un insecto.

Ved ahora la segunda idea de Montaigne :

“ La ventaja de nuestro estudio está en que con él nos hagamos mejores y más sabios.”

Echando a un lado la humildad y modestia que nos enseña esta máxima, ¿ no encontramos en ella ejemplos magníficos que imitar, alientos que tomar, esfuerzos a que aspirar, y yo no sé qué especie de hábitos de benevolencia que han de sembrarse y cultivarse con esmero dentro de nuestro corazón ? Cuando San Francisco de Asís encontraba en los caminos algún insecto, un miserable gusanillo, le apartaba cariñosamente por miedo de que algún fraile de su séquito le pisase al pasar.

Ahora voy a añadir yo otra idea, que no es de Montaigne, pero que excede en profundidad a las suyas que acabo de exponer :

“ Toda ciencia que no se convierta en amor, es falsa.”

Al comenzar os dije que esperaba de vosotros que amaríais a los insectos. ¡ Entendámonos, señores ! No es la esperanza de que amaríais a una mosca lo que me ha movido a hablaros tanto tiempo, no ; pero sí que el amor hacia estas criaturas miserables incline a vuestras almas a amar a su Criador, porque este amor es el objeto supremo y el término único de nuestra vida. Si no le alcanzamos, nuestra vida no es vida.

¡ Conque, ensanchad vuestro corazón ! Amad, amad, amad a toda criatura, porque siendo buenas todas las criaturas de Dios, toda criatura es digna de amor.

Amadla, porque amarla es amar a Dios mismo, puesto que la bondad que en ella descubrimos y que nos arrastra, no es sino un reflejo pálido y liviano de su eterna y soberana bondad.

¡ Lodate Lui che l'ha si ben creato !